15 Octubre 1962

(51)

Obra en cartel, por Joaquín CALVO-SOTELO

De la Real Academia Española

SI es una verdad indiscutible esa de que dos ciudades hay, una para el que llega con dinero y otra para el que llega sin él, tal y como afirmaba nuestro Crispín, también lo es que para el autor dramático existen dos ciudades distintas: una, aquella en la que tiene obra en cartel, y otra, aquella en que no la tiene.

Tener una obra en cartel es la aspiración elemental del hombre del teatro, y mejor aún si son dos o más; pero basta que sea una para que en ella se polaricen, desde que comienza su jornada hasta que concluye, su atención, sus nervios, sus preocupaciones.

Hay una gran tradición en torno al traumatismo del estreno. Se analizan, estudian y miden las emociones, los peligros y las vicisitudes de esas crisis. Reconozcamos que, con menos violencia, si se quiere, y, desde luego, con menor publicidad, pero con parecida angustia, ese estado de ánimo se reproduce a diario mientras la obra dura.

Tener una obra en cartel es como tener a un hijo de viaje. No se descansa mientras no se sabe que llegó a su destino. No se descansa tampoco mientras no se sabe si hubo público y aplausos. La falta de cualesquiera de ambos elementos desazona y duele.

Hay quienes lo atribuyen a un afán de lucro, pero no es cierto. Muchas veces haría uno un sacrificio económico para llenar un teatro desamparado y vacío, porque nada existe más entristecedor que un patio de butacas en el que se cuenten los asistentes, cómicos caigan enflaquecidas y sobre los que las palabras de los sin brillo y en el que las acomodadoras estén sin tener en qué emplearse, dedicadas a acompañar a un par de docenas de espectadores desde el vestíbulo a sus asientos. Sólo los autores que desafían, más que las tempestades, las bajas temperaturas son capaces de personarse esas noches de estreno en el teatro. Las noches en que los taquilleros leen la prensa, roídos por una cólera sorda contra el que escribió la obra sin gracia que languidece penosamente; en las que los porteros niegan casi el saludo al causante de tanta decepción; en las que los del bar y los del guardarropa, donde tres abrigos y cuatro gabardinas aguardan su rescate como en la tienda de un prestamista, se dan con el codo cuando atisban al culpable y barbotan entre dientes unas palabras despectivas. Sufrir eso en vida debe ser tenido en cuenta—y así creo yo que sea—cuando pasemos a la otra. No hay autor, por tanto, que no se prevenga e informe de alguna manera antes de comparecer en el teatro. De los hermanos Quintero oí contar que tenían por costumbre enviar un secretario sin otra finalidad que la de curiosear la sala y ver cómo pintaba. Sólo si estaba llena o, cuando menos, terciada le seguían ellos, seguros entonces de encontrar a un empresario eufórico, a unos actores satisfechos de trabajar con un auditorio copioso. Al autor avezado que no se informó previamente, diversos síntomas le cantarán casi sin error la cifra recaudada antes de que el representante se la dé, suprimiendo, por superfluos, trámites y comentarios. Antaño, la densidad de coches en las calles del teatro, y ya no digamos en las laterales, servían de índice elocuente. Hoy, ya no. Todas tienen una ceniza de automóviles, un lote de diverso tonelaje anclado junto a las aceras, que lo mismo pueden haber llevado oyentes a la sala que huéspedes a los hoteles próximos o clientes a los bares. Pero a pesar de que sea fácil confundirse, el apelotonamiento en la puerta de mecánicos y guardacoches será siempre alentador. Desde luego, lo que llena el alma de júbilo es ligar desde la esquina inmediata la franja encarnada del "No hay localidades" cruzando, como la banda más alcurniada, de derecha a izquierda, el cartel del teatro. Riámonos, amigos, del Toisón de Oro. Condecoración como ésa no existe otra para el autor dramático, y feliz aquel que acierte a merecerla. Aun sin ese galardón máximo denunciándole a los ojos el éxito logrado, le bastará llegar hasta el vestíbulo para saber a qué atenerse. Si el humo de los cigarrillos del descanso es suficientemente denso, si las colillas abandonadas son numerosas, puede ya inducirse la presencia próxima de una audiencia lo necesariamente nutrida como para poder entrar satisfecho a saludar en los camarines de los actores.

Eso sucede, lógicamente, cuando sucede, en las primeras semanas de vida de la obra. Pasada la luna de miel, la etapa juvenil, una inexorable ley biológica la hace declinar. A veces el descenso se produce de modo súbito. Hay obras que mueren casi de repente. Otras, poco a poco, con ligeras alternativas que confortan el ánimo, pero que no evitan lo inevitable. Pocos autores asisten a esta agonía. Suele huirse del teatro cuando ya el desahucio se palpa, y mucho más cuando en la tira inferior del cartel aparece el título del estreno sucesivo, y una noche cualquiera el telón, ese gigantesco pay-pay que genera al subir y al bajar en el estreno un aire más saludable que el de Gredos y Sitges de consuno, cae definitivamente y guillotina a nuestros muñecos y tapa para siempre nuestros decorados—casa de un barrio residencial, sala de estar de una familia de la clase media, calle de una ciudad provinciana—. Se acabó. ¿Cuándo volverá a dar la luz del sol a nuestros personajes, a nuestros conflictos, a nuestros diálogos? Misterio. A diario sucumben para no resucitar jamás muchas obras de teatro. Otras hacen el Guadiana temporadas, años y aun siglos, y renacen. Entonces se las llama clásicas. ¿Vive hoy entre nosotros algún clásico del siglo XXX? ¿Quién lo sabe? Sería mucho pedir a los éxitos tan larga vida y aventurado conjeturar la fuerza definitiva de la comedia o el drama recién estrenados. Todo lo que lícitamente cabe esperar de ellos es que atraigan un poco la atención de nuestros coetáneos, que den fama y legítimo provecho.

Mientras así suceda, la obra en cartel será fuente de alegría para el autor dramático. Clarín dice de uno de los personajes de "La regenta" que acostumbraba a estar de buen humor como aquellos a quienes sonríen las mujeres. Ese buen humor, esa alegría acompañan también al autor dramático mientras la fachada del teatro luce en los carteles el título de sus obras. Cuando es sustituído, por el alma del autor dramático pasa una ráfaga de tristeza. El más entero se siente morir un poco con cada obra que muere. Yo en esos trances acepto telegramas de pésame.